

ESPAÑA EVANGÉLICA

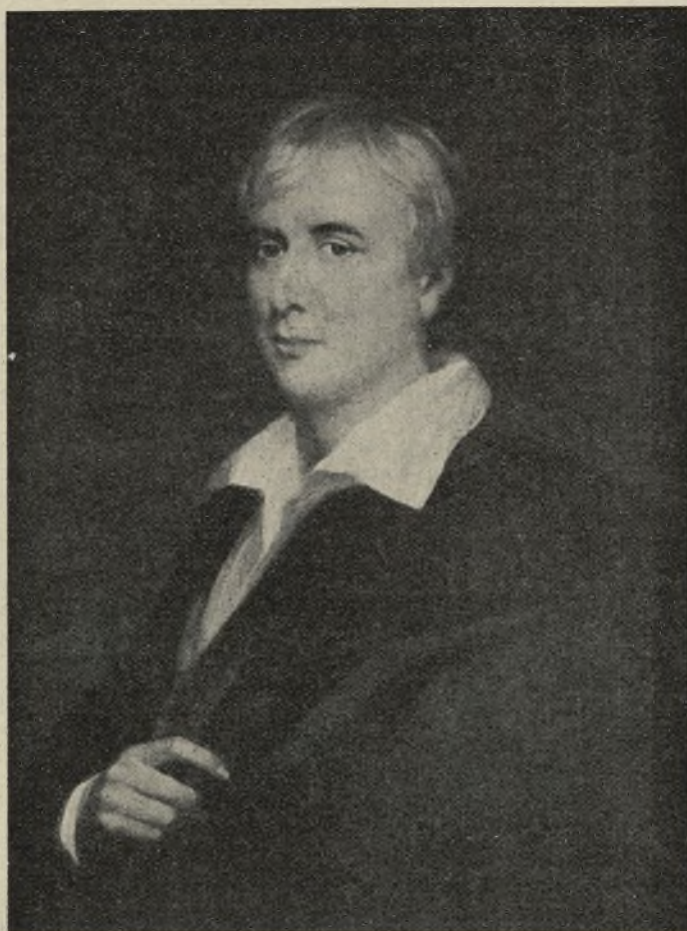
AÑO XVI. — NÚM. 738

Madrid, 19 de Diciembre de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

JORGE BORROW Y ESPAÑA

I Centenario de la entrada en nuestra patria del insigne autor de "La Biblia en España".



*Retrato
de Jorge Borrow,
por Thomas Phillips.*

*Galería Nacional,
Londres.*

Todo puede realizarse con un poco de sagacidad, un poco de audacia y un mucho de confianza en Dios.

JORGE BORROW.

...en favor de Borrow hablan su osadía personal, la consideración de que luchaba contra un poder omnímodo, irresponsable, y la de que, formalmente, pugnaba por un mínimo de hospitalidad y de libertad, sin las que los hombres en sociedad son como fieras; y eso está bien, hágase como se haga.

MANUEL AZAÑA.

UN CAPÍTULO DE LA BIBLIA EN ESPAÑA

Amablemente autorizados por el insigne traductor de esta obra de Borrow, el ex Presidente del Consejo de Ministros D. Manuel Azaña, tenemos el placer de ofrecer a nuestros lectores el capítulo XLVII en su magnífica versión que llegará a ser clásica en las letras españolas.

PROSEGUIMOS la tarea de repartir las Escrituras, con éxito vario, hasta mediados de Marzo, en que resolví marcharme a Talavera para ver si era posible hacer algo en esa ciudad y sus cercanías. Salí, por tanto, en aquella dirección acompañado de Antonio y de Victoriano. Al paso nos detuvimos en Navalcarnero, pueblo grande, a cinco leguas al Oeste de Madrid, donde permanecí tres días, enviando a Victoriano a las aldeas circunvecinas con pequeñas partidas de Testamentos. La Providencia, que hasta entonces nos favoreció por modo tan notable en nuestras expediciones rurales, nos retiró su apoyo, y nos redujo a terminarlas de repente, porque en todos los lugares donde poníamos a la venta los escritos sagrados eran en el acto embargados por personas que, al parecer, estaban en acecho; eventos que me obligaron a variar el propósito de ir a Talavera y a regresar sin dilación a Madrid.

Alarma del clero.

Supe posteriormente que, alarmado el alto clero por nuestra campaña al otro lado de Madrid, presentó una queja en forma ante el Gobierno, quien envió inmediatamente órdenes a los *alcaldes* de los pueblos, grandes y chicos, de Castilla la Nueva, para que secuestrasen los Testamentos en cuanto salieran a la venta; pero amonestándoles, al mismo tiempo, para que pusieran el mayor cuidado en no detener ni maltratar a la persona o personas que intentasen venderlos. Una puntual reseña de mi persona acompañaba las órdenes, y se exhortaba a las autoridades, lo mismo civiles que militares, a tener mucho cuidado conmigo y con mis mañas y maquinaciones, porque, como el documento decía, un día estaba yo en un sitio y a la mañana siguiente en otro distante del primero veinte leguas.

Una nueva tentativa.

Este golpe no me desalentó mucho ni realmente me cogió de sorpresa. Resolví, con todo, variar de campo de acción y no exponer los libros sagrados a un secuestro a cada paso que diera para difundirlos. En mis últimas tentativas consagré mi atención exclusivamente a los pueblos y las ciudades pequeñas, en las que le era muy fácil al Gobierno frustrar mis esfuerzos mediante circulares a las autoridades locales, puestas así sobre aviso, y cuya vigilancia era imposible burlar, pues cualquier novedad ocurrida en un pueblo pequeño se esparce sin tardanza. El caso sería muy distinto tratándose de la muchedumbre de la capital, donde podía continuar mis trabajos con relativo secreto. Formé el plan de abandonar los

distritos rurales y ofrecer en Madrid el sagrado libro de casa en casa al mismo reducido precio que en los campos. Sin dilación llevé a efecto mi plan.

Triunfo en Madrid.

Como tenía muchos conocimientos en el pueblo bajo, escogí ocho personas inteligentes para que cooperasen en mi tarea; cinco de ellas eran mujeres. A todas las proveí de Testamentos y los repartí por todos los barrios de Madrid. El resultado de sus esfuerzos superó mis esperanzas. Menos de quince días después de volver de Navalcarnero se habían vendido en las calles y avenidas de Madrid cerca de seiscientos ejemplares de la vida y palabras del Nazareno; hecho que se me permitirá recordar con júbilo y con el regocijo conveniente en el Señor.

Una de las calles más ricas es la calle de la Montera, donde residen los principales comerciantes y tenderos de Madrid. Es, en efecto, la calle del comercio, y por tal motivo, como por ser un lugar favorito de los paseantes, corresponde a la muy famosa Newsky de San Petersburgo. Cada casa de esa calle recibió un Testamento, y lo mismo puede decirse de la Puerta del Sol. Mas, en algunas ocasiones, cada habitante de la casa, hombres y niños, criados y criadas, adquirió un ejemplar. Antonio, el griego, hizo maravillas en ese barrio; es de justicia decir que, a no ser por su mediación, en muchos casos no habría podido yo dar tan buena cuenta de la difusión de la Biblia en España. Hubo un tiempo en que tenía yo la costumbre de decir: «tenebroso Madrid», expresión que, gracias a Dios, era ya de abandonar, porque sería poco justo seguir llamando tenebrosa a una ciudad en la que estaban en circulación y en uso diario mil trescientos Testamentos por lo menos.

Entonces utilicé una partida de Biblias que me habían mandado en rama desde Barcelona en los comienzos del año anterior. La demanda de las Escrituras completas era grande; tanto, que no podíamos dar abasto, y los libros se vendían más de prisa de lo que tardaban en encuadernarlos los hombres empleados en esta tarea. Un pedido de veintiocho ejemplares me lo pagaron por adelantado. Muchas de estas Biblias fueron a parar a las mejores casas de Madrid. El marqués de... tenía una familia numerosa; pero todos sus individuos, viejos y jóvenes, poseían una Biblia y un Testamento, por recomendación, cosa rara, del capellán de la casa. Uno de mis agentes más celosos en la propaganda de la Biblia fué un eclesiástico. Nunca salía a la calle sin un ejemplar debajo del manto, y a la

primera persona que le parecía poder comprarlo se lo ofrecía. Otro colaborador excelente fué un noble de Navarra, ya anciano, riquísimo, que continuamente adquiría ejemplares por su cuenta para mandarlos, según me dijeron, a su provincia natal y repartirlos entre sus amigos y los pobres.

Duende o alguacil.

Cierta noche me retiré a descansar algo más pronto que de costumbre, sintiéndome ligeramente indispuesto. Dormí con profundo sueño unas horas, y de pronto me desperté al sentir abrirse la puerta del cuartito en que descansaba. Me incorporé, y vi entrar en el cuartito a María Díaz con una luz en la mano. Observé que sus facciones, notables por su calma y placidez habituales, parecían un tanto alteradas.

¿Qué hora es — pregunté — y qué pasa? Señor — respondió cerrando la puerta y acercándose a la cama — es cerca de media noche; pero acaba de llegar un policía que quiere verle a usted. Le he dicho que era imposible, porque estaba usted en la cama, y me ha contestado, después de estornudar en mi misma cara, que le vería a usted aunque estuviese de cuerpo presente. Tiene todo el aire de un duende y me ha asustado. Ya sabe usted que yo no soy miedosa, Don Jorge; pero confieso que cada vez que veo a uno de esos malvados polizontes me faltan los ánimos; los conozco demasiado bien y sé de lo que son capaces.

¡Bah! — dije yo —. No tenga usted miedo; que entre; no le temo, sea *alguacil* o duende. Pero quédese usted a la puerta para ser testigo de lo que ocurra, porque es muy probable que venga a molestarme a esta hora intempestiva buscando la ocasión de dar malos informes de mí a sus jefes, como hizo aquel otro individuo la vez pasada.

El bastón de mando.

La patrona salió del aposento, y oí que decía una o dos palabras a alguien en el pasillo; sonó luego un estruendoso estornudo, y un instante después apareció en la puerta una figura rara. Era un hombre muy viejo, de largos cabellos blancos, que se escapaban por debajo de la alca de un sombrero extremadamente picudo. Iba muy encorvado y avanzaba con lentitud. No pude verle bien la cara, que, por hallarse la patrona detrás de él con la luz, quedaba en profunda sombra. Observé, sin embargo, que sus ojos chispeaban como los de un hurón. Se acercó a los pies de la cama, en la que aun permanecía yo preguntándole lo que tan extraña visita pudiera significar; allí se detuvo, mirándome durante un minuto por lo menos, sin proferir una sílaba. De pronto

adelantó una mano seca y rugosa, que hasta entonces tuvo oculta bajo la capa, y me apuntó al rostro con una especie de bastoncillo con remate de metal, como si fuese a empezar un exorcismo. Pareció que iba a hablar; pero las palabras, si quiso decir alguna, fueron ahogadas al nacer por un estornudo que de pronto se le escapó, tan violento que la patrona se echó para atrás, exclamando: *Ave María purísima*, y a poco deja caer la luz con el susto.

Buen hombre—dije yo—¿qué significa esta ridícula aparición? Si tiene usted algo que decirme, despache pronto y váyase a sus asuntos. No me encuentro bueno y está usted privándome del descanso.

—En méritos de este bastón—dijo el viejo—y por la autoridad que me confiere para decir y hacer lo que convenga, le mando, ordeno y requiero para que mañana, a las once, comparezca en el despacho de mi señor el *Corregidor* de esta villa de Madrid, para que con la humildad y reverencia debidas oiga usted lo que tenga a bien decirle, y, si fuese necesario, se someta a recibir los castigos que sus delitos, leves o enormes, merezcan. *Tenez, compère*—añadió en perverso francés—, *voilà mon affaire; voilà ce que je viens vous dire*.

En diciendo esto, me miró un momento,

inclinó dos veces la cabeza, metió de nuevo el bastón dentro de la capa y salió del cuarto y de la casa, lanzando en el pasillo un estornudo de despedida.

El Corregidor.

Al día siguiente, a las once en punto, me presenté en las oficinas del *Corregidor*. Ya no ocupaba el cargo el mismo individuo en cuya cólera incurri en otra ocasión y que tuvo a bien encarcelarme, sino otro distinto, creo que catalán, cuyo nombre también he olvidado. En aquella época, los cargos se daban y se quitaban de la noche a la mañana, y quien se sostenía en alguno de ellos siquiera un mes, podía considerarse funcionario antiguo. No tuve que esperar; en cuanto di mi nombre me llevaron a presencia del *Corregidor*, personaje de unos cincuenta años, de buen parecer, corpulento y bien vestido. Cuando entré escribía en un bufete; pero casi al instante se levantó y vino hacia mí. Me clavó los ojos en el rostro, y yo, sin cortarme, puse los míos en el suyo. Quizás esperaba una actitud menos firme, y verme temblar y rebajarme ante él; se juzgó, pues, desacatado en su propia madriguera, y su levadura española antigua fermentó. Se tiró de las patillas con furia.

(Continúa en la página 268.)

LA ESPAÑA DE BORROW

POR CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

No pudo elegir Jorge Borrow época peor para recorrer con tranquilidad España. Nuestra patria ardía por sus cuatro costados en pleitos nacionales y venganzas colectivas. Desde el año 1836 hasta el 1841 en que él anduvo por el suelo ibérico, estallaron acontecimientos tan graves y resonantes que se bastan por sí solos para encoger el ánimo del más flemático espectador. Borrow, inglés por su nacimiento y cosmopolita por su educación, no se extrañó sin duda de nada. Era el único hombre que, como peregrino, podía ver lo que pasaba con serenidad.

Fernando VII el absoluto (el *narizotas*) había muerto tres años antes de visitarnos Borrow. Su vida fué mala; pero las consecuencias de su muerte fueron desastrosas. Dejó para sucederle en el trono a su hija Isabel, la que más tarde recibió el sobrenombre de «la reina de los tristes destinos». Como regente, a Cristina su madre. Todo hubiera ido medianamente de no ocurrírsele a D. Carlos, hermano del fallecido rey, levantarse una mañana con ganas de mangonear España y ocupar la silla real vacante. Así fué. D. Carlos buscó partido y lo obtuvo entre personas piadosas (?) del país. Curas, frailes, obispos y amigos de dictaduras o absolutistas acudieron a formar las huestes carlistas. El «Dios, Patria y Rey» era su lema, (como el de los clericales modernos).

Así empezó la guerra civil, que dividió a España en dos bandos irreconciliables.

Esta guerra duró siete años, que fueron como setecientos para la vida nacional. No está demasiado lejos de nosotros el eco de la espantosa carnicería. Los cuervos de sotana y los otros se hartaron. Había que defender el estómago. Esto era todo. Mendizábal, presidente del gobierno, demasiado entendido para no saber dónde le apretaba a España el zapato, había mandado en el año 36, hace un siglo justamente, con el aplauso de la mayoría del pueblo, suprimir las Órdenes religiosas de hombres y declarar bienes del Estado todos los conventos e iglesias. Esta ley produjo revuelo e indignación entre la gente del coro. No podía consentirse tal atrevimiento, y había que buscar un pretexto para justificar la ira y la ambición. Ese pretexto fué D. Carlos y sus apetencias reales. Generales no faltarían. Allí estaban Zumalacárregui, Maroto y Cabrera, deseando conquistar laureles aunque fuese a costa de la sangre de sus propios hermanos españoles. Además, ya saldrían curas trabucaires que, remangándose la sotana, darían buena cuenta de los malditos liberales. Dios se lo agradecería, sin duda. Sobre todo palpitaba también cierta idea de vengarse. Venganza contra el pueblo que dos años antes (1834) había degollado a unos cuantos frailes y había quemado y saqueado conventos. Ya lo pagaría el pueblo. Durante más de cincuenta años, casi hasta nuestros días, se corrió bien la pólvora, a pesar de que el año 41 Espartero, regente del reino, creó una contribución

fija, es decir, segura, para pagar el culto y clero católicos.

¿Y mientras, qué? Pobre España, hambrienta y dando tumbos. La miseria en millares de millares de pueblos. Los hombres, cansados de esperar, echándose a los caminos dispuestos a defender su vida y la de los suyos. Ladrones contra miqueletes, aunque la mayoría de los miqueletes antes fueron ladrones. El comercio y la industria, arruinados. La Hacienda, en franca bancarrota. Los soldados, sin cobrar, y los marinos, dedicándose a la pesca para poder comer. Por cierto, que nuestra escuadra, aunque en verdad nunca tuvimos escuadra, quedó reducida a los barcos del estanque del Retiro, donde se paseaban las personas reales aburridas y angustiadas. Esta era en síntesis la visión de la España que pisó Borrow en el 1836. Hace un siglo.

Y sin embargo, Borrow ve grandes cosas. Hasta se tropieza con curas liberales y con patriarcas reverendos. Hasta algunos de ellos le compran su libro y le ayudan en la propaganda. Algo así como sus amigos de siempre, los gitanos. También encuentra simpatía en la gente del pueblo, como él mismo dice, gente franca y valiente, orgullosa a pesar de su pobreza y dispuesta al sacrificio por un ideal. De la aristocracia, Borrow afirma que cuanto menos se diga será mejor.

Y acierta, porque la aristocracia del dinero y del título en España estuvo siempre podrida. Pero a Borrow no le interesa sino el pueblo. Él sabe que el pueblo, los arrieros, manolos y labriegos, maragatos trashumantes y mendigos andariegos son las páginas mejores para leer la historia de un país. Y con ellos va, y trata y sigue sus consejos, y siente el palpitante de España en las palabras desmañadas, pero sentidas, de estas pobres gentes, que siempre tienen algo que decir. Es curioso que Borrow no cree que exista una España fanática y sin embargo él mismo fué encarcelado y perseguido por el odio fanático de la Iglesia. Pero quizás tenga razón. Quizás él, a lo que nosotros españoles llamamos fanatismo, lo llama superstición. Después de todo la palabra es lo de menos.

Lo importante para él era introducir la Biblia en España y lo consiguió a pesar de todo. En esto, hoy, después de un siglo, nosotros tenemos que agradecerle su valor y su hidalguía. Valor el suyo que atravesó nuestra tierra cuando hervía en desdichadas pasiones político-religiosas. Hidalguía la suya, porque, sin fijarse en la ruina y en el abandono de la nación, estampó en sus Memorias la visión agradable de una España grande, grande por su tierra y por el carácter de sus hijos no obstante su ruina y su miseria.

Saludemos la memoria del viajero ilustre, Quijote del Evangelio, que hizo por nuestro país mucho más de lo que él mismo pensó hacer, y se llevó a su patria, de poco sol y mucha niebla, el recuerdo de nuestro terruño para acariciarlo en sus horas de tristeza y soledad mientras escribía su hermosa obra «La Biblia en España.»

Un capítulo de La Biblia en España.

(Continuación de la pág. 267)

y dirigiéndome una mirada colérica, dijo: —*Escuchad:* tengo que hacerle a usted una pregunta.

—Antes de responder a las preguntas de vucencia —dije— voy a tomarme la libertad de dirigirle una: ¿Qué ley o qué razón hay para que a un hombre pacífico y extranjero vayan a molestarle a media noche unos *duendes* con el requerimiento de presentarse en una oficina pública como si fuese un delincuente?

—No dice usted la verdad —exclamó el Corregidor—. La persona que fué a requerirle a usted no es un *duende*, sino uno de los empleados más antiguos y respetables de esta casa, y, lejos de enviarle a media noche, faltaban por mi reloj veinticinco minutos para esa hora, y como usted vive cerca de aquí, debió de llegar a su casa lo menos diez minutos antes de media noche; de modo que no es exacto lo que usted dice, ni guarde usted miramientos con la verdad.

—Esa diferencia no me importa nada —repliqué—. A mí me molesta lo mismo que me interrumpen el sueño a las doce de la noche que a las doce menos diez. Respecto al emisario, podría no ser un duende, pero lo parecía, y con seguridad se propuso asustar a la dueña de la casa, como lo consiguió, hasta el punto de que casi se desmayó, a fuerza de muecas horribles, de estornudos y aspavientos.

EL CORREGIDOR.—Es usted un... ¡No sé lo que iba a decir! ¿Ignora usted que puedo mandarle a la cárcel?

Yo.—Tiene usted veinte *alguaciles* que acudirán a la primera señal, y, por tanto, es claro que puede usted prenderme, como hizo su antecesor, que casi perdió el puesto por eso; pero usted sabe perfectamente que no tiene derecho para hacerlo, porque no estoy bajo su jurisdicción, sino la del capitán general. Si he obedecido su requerimiento ha sido porque tengo mucha curiosidad de saber lo que usted necesita de mí, y no por otra cosa. En cuanto a lo de prenderme, permítame usted decirle que cuenta con mi pleno consentimiento para ello; en la cárcel es donde se encuentra en Madrid la gente más cortés; y como ahora estoy compilando el vocabulario de los ladrones madrileños, tendré, si me llevan a la cárcel, una excelente ocasión de completarlo. Hasta en la cárcel se puede aprender mucho; porque, como dicen los gitanos, «perro que mucho corretea, encuentra huesos».

EL CORREGIDOR.—Ese lenguaje no es propio de un caballero. ¿Olvida usted dónde está y con quién habla? ¿Es este un lugar adecuado para hablar de gitanos y de ladrones?

Yo.—No conozco, a la verdad, otro más a propósito, no siendo la cárcel. Pero estamos perdiendo el tiempo, y ansío saber para qué me han llamado, si por delitos leves o enormes, como decía el emisario.

Tardé bastante tiempo en arrancar al eno-

jado Corregidor las noticias pedidas; al fin las obtuve. Resultaba que una caja de Testamentos enviada por mí a Navalcarnero fué embargada por las autoridades locales, y después de retenerla allí unos días la devolvieron a Madrid consignada al Corregidor. Estando la caja en las mensajerías, entró allí Antonio para otro asunto; la reconoció, y en el acto la reclamó como de mi pertenencia, llevándosela a mi almacén después de pagar el porte. Tan poca importancia dió al suceso, que no me habló de él. Pero el pobre Corregidor estaba convencido de que todo ello era una profunda maquinación para robarle y burlarnos de él. Dejébase llevar de una excitación casi frenética, y pateaba el suelo exclamando:

—¡Qué picardía! ¡Qué infamia!

—Este es el antiguo sistema —pensé yo— de prejuzgar a las gentes y de imputarles motivos y acciones con los que nunca han soñado.

Una explicación. El papa en Inglaterra.

Díjale con franqueza que ignoraba por completo el hecho por que se sentía agraviado; pero que si practicadas las averiguaciones convenientes resultaba que, en efecto, mi criado se había llevado la caja del lugar a donde la habían expedido, yo haría que la devolvieran en el acto, aunque era mía propia.

—Tengo un gran repuesto de Testamentos —dije— y puedo dejar que se pierdan cincuenta o ciento. Soy hombre de paz y deseo no tener disputas con las autoridades por causa de un cajón viejo y de una partida de libros cuyo valor no llega por junto a cuarenta duros.

Me miró un instante como si dudase de mi sinceridad, y luego, tirándose otra vez de las patillas, me atacó en otro terreno:

—Pero ¡qué infamia, qué picardía! Venir a España a cambiar la religión del país. ¿Qué diría usted si los españoles fuesen a Inglaterra con propósito de quitar el luteranismo establecido allí?

—Serían muy bien recibidos —repliqué—, especialmente si intentaban hacerlo por la difusión de la Biblia, el libro de todos los cristianos, como los ingleses hacen en España. Pero vucencia ignora quizá que el papa tiene campo libre y libre acción en Inglaterra, y se le permite convertir todos los días a cuantos luteranos quieran volverse a él. No puede, sin embargo, alabarse de grandes triunfos; el pueblo ama demasiado la luz para abrazar las tinieblas, y se reiría de la idea de cambiar las gracias del Evangelio por las ceremonias y observancias supersticiosas de la Iglesia de Roma.

Al repetirle la promesa de devolver en seguida la caja y los libros, el Corregidor se dió por satisfecho y repentinamente se mostró por demás condescendiente y amable: llegó hasta decirme que dejaba por completo a mi resolución lo de devolver los libros o no.

—Antes de que se vaya usted —continué— deseo decirle que, en mi opinión particular, es sumamente recomendable en to-

dos los países la tolerancia religiosa plena, y dejar que cada sistema religioso perezca o se sostenga por sus propios méritos.

Tales fueron las últimas palabras del Corregidor de Madrid que no sé si expresarían su opinión particular; pero que, ciertamente, se fundaban en el buen sentido y la razón. Le saludé respetuosamente y me fui; cumplí mi promesa respecto de los libros, y el asunto quedó terminado.

Por aquel tiempo llegué casi a creer que se iniciaba una reforma religiosa en España; y, realmente, llegaron a mi noticia ciertos hechos, que, si me los hubieran pronosticado un año antes, con dificultad los hubiese creído.

La exposición del Evangelio.

El lector quedará sorprendido cuando sepa que en dos Iglesias de Madrid los respectivos curas explicaban regularmente el Evangelio los Domingos por la tarde a una veintena de chicos, provistos de sendos ejemplares de la edición hecha por la Sociedad Bíblica en Madrid en 1837.

Las Iglesias eran las de San Ginés y Santa Cruz. Creo modestamente que este sólo hecho pagaba con creces todas las expensas causadas a la Sociedad por su empeño de introducir el Evangelio en España; pero, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que a mí me recompensaba sobradamente todos los afanes y disgustos pasados. Sentí entonces que, en cualquier momento en que me viese obligado a abandonar mis trabajos en la Península, lo haría sin murmurar, lleno el corazón de gratitud hacia el Señor por haberme permitido a mí, vaso inútil, ver, cuando menos, germinar algo de la semilla que durante dos años había estado arrojando sobre el pedregoso suelo del interior de España.

Obras de Lutero.

Cuando pienso en las dificultades que obstruían nuestro camino me cuesta a veces trabajo creer todo lo que el Omnipotente nos permitió llevar a cabo durante el año que acababa de pasar. Una edición copiosa del Nuevo Testamento se había casi agotado en el centro mismo de España, a despecho de la oposición y del clamor furibundo de un clero bárbaro y de las órdenes de un Gobierno falaz; y germinaba el espíritu de examen en materia religiosa, que tarde o temprano llevaría, así lo esperaba yo fervientemente, abundantísimos frutos de bendición. Hasta allí, el nombre más aborrecido y temido en aquellas partes de España era el de Martín Lutero, a quien en general se le consideraba como un demonio, primo hermano de Belial y Beelzebub, que, bajo la apariencia de hombre, había escrito y predicado blasfemias contra el Altísimo; pero ahora, cosa singular, se hablaba de este personaje, execrado en otro tiempo, con no pequeñas señales de respecto. No pocas veces me visitaban, Biblia en mano, personas que con tantas veras como simplicidad me preguntaban por los escritos del gran doctor Martín, a quien, por cierto, algunos le creían aún vivo.

No estará de más hacer notar aquí que de todos los nombres relacionados con la Reforma, el único conocido en España es el de Lutero; permítaseme añadir que a ningún escrito de controversia, con excepción de los suyos, se le concedería probablemente la menor fuerza y autoridad, por grande que fuese su mérito intrínseco. El

género de opúsculos que comúnmente se escriben para declarar los errores del papismo no producirá, por tanto, mucho beneficio en España, al paso que podría conseguirse bastante provecho con traducciones bien hechas de las obras de Lutero, seleccionadas con tino.

Borrow y la mujer española

por FERNANDO CABRERA

UNA de las condiciones que debe reunir toda buena novela o drama es que los personajes que rodean al protagonista de la obra, sin romper la unidad de ésta, ofrezcan la mayor variedad y el más vivo interés; y aunque la obra de Borrow, «La Biblia en España», no es drama ni novela, aunque tenga mucho de novelesco y no poco de dramático, por la variedad e interés de las figuras que rodean a nuestro héroe, puede ponerse al lado de las mejores obras de aquellos géneros literarios.

En «La Biblia en España», la obraumbre entre las que Borrow escribiera, los personajes que en ella aparecen, personajes todos de carne y hueso, nos ofrecen la mayor variedad junto al más vivo interés. Y entre estos personajes ocupan un lugar bien destacado las mujeres siendo de ellas las páginas más bellas de la obra, justificando que dijo bien aquél que dijo «que la vida del hombre gira en torno de la mujer». La primera impresión que Borrow recibe al entrar en España por primera vez se la ofrecen unas hacendosas mujeres: las lavanderas del Guadiana. En las últimas escenas de la obra se destaca una buena mujer: Juana Correa. Y entre aquéllas y ésta, la figura, siempre atrayente de la mujer, corre por todas las páginas de «La Biblia en España», que no en balde fué una mujer, aunque no fué española, la que ejerció tal influencia sobre Borrow, que de un descreído como era se convirtió en un ferviente evangélico. Pero no nos apartemos de nuestro tema.

Era un 6 de Enero, cuando Jorge Borrow, después de una breve estancia en Portugal, entraba en España dispuesto a hacer, con la ayuda de Dios, cuanto le fuera posible para extender por nuestro suelo el conocimiento de la Sagrada Escritura. Venía de la parte baja del país vecino, y al cruzar el puente sobre el río Guadiana, para entrar en Badajoz, lo primero que llamó su atención fué un grupo de mujeres que, cabe el río, lavaban la ropa. Borrow se detiene a contemplarlas un momento, lo bastante para que su alma, de cristiano y de romántico, encuentre cierta semejanza entre el trabajo que aquellas mujeres realizan, y la obra que le trae a España. Ellas, sufriendo las inclemencias de un día de invierno, están lavando la ropa de personas que tal vez no conocen, y no pararán en su tarea hasta dejarla más blanca que la nieve; y

él, viene a esparcir entre gente que no conoce, y seguramente sufriendo persecución, la Palabra que podrá lavar los errores y las impurezas del romanismo de las conciencias de los españoles. Con estas impresiones tan alentadoras entra Borrow en España, dispuesto a no ser menos que aquellas mujeres en su obra purificadora.

¡Qué distinta la mujer que cierra la obra de Borrow! Él, después de haber recorrido media España en su intento de propagar las Sagradas Escrituras y transcurridos más de dos años de aventuras, de viajes y de prisiones, se va a Tánger. Allí le recomiendan como alojamiento la casa de una honrada viuda de Mahón, llamada Juana Correa, una mujer buena y amable, que merece de nuestro héroe los más calurosos elogios; una mujer que sabe hacerle más llevaderas las horas amargas que en Tánger debió pasar, porque en Tánger estaba cuando recibió la noticia de la Sociedad Bíblica de que su labor en nuestra Península había terminado. El que vé el entusiasmo con que Borrow había tomado sobre sí la improba tarea de difundir la Biblia por España, y conoce las dificultades que tuvo que vencer, las veces que tuvo que dormir sobre inmundos montones de paja, los días que tuvo por toda comida un pedazo de pan y un trozo de queso, demasiado bien comprenderá el profundo dolor que aquel repentino fin de sus trabajos debió producirle, y muy grande debió ser el consuelo que en casa de Juana Correa recibiera, cuando escribiendo de ella, dice que «no creía latiera en ningún pecho humano corazón más afectuoso y más ardiente que el de Juana Correa».

Si las impresiones que recibió de las primeras mujeres españolas que tuvo la ocasión de ver, no pudieron ser más alentadoras para su obra, la bondad de la última mujer española que aparece en su obra debió ser el mejor bálsamo para su pena.

Dos tipos de mujer muy curiosos encontramos a nuestro paso: el de la mujer superficial, que sólo mira el mundo desde el punto de vista de las diversiones, y el de la mujer de fina ironía, que con una sola pregunta descubre su fina sátira: la carcelera de Toro y la vecina de Cobeña.

En su viaje a Galicia, Borrow se detiene unos días en Valladolid, alojándose en la vieja posada *El caballo de Troya*. Un día, entre los viajeros que acababan de llegar, llama su atención una señora, de aspecto agraciado, vestida con elegante traje de seda

negra y tocada con la clásica mantilla, que era entonces con lo que generalmente se cubrían las señoras, pues el sombrero estaba reservado a las damas de la alta sociedad que empezaban a importar las modas de Francia. Esta señora, que iba acompañada de un jovencito, hijo suyo, era todo un personaje: la carcelera de Toro, o sease la esposa del Alcaide de la cárcel de la ciudad de Toro. Una noche están los huéspedes tomando el fresco, y Borrow, dirigiéndose a ella, le pregunta, cosa muy natural, sus impresiones de Valladolid. La interpelada le contesta manifestándole ser la capital castellana muy aburrida en comparación con Toro, donde ella lo pasaba tan divertida. Y, ¡pásmese el lector!, toda la diversión de la antigua ciudad zamorana y toda su excelencia sobre Valladolid, estribaba en que en la cárcel de Toro el Alcaide permitía, mediante el consabido dinero, que entrara todo el vino que los presos quisieran. La mujer de Toro demostró ser pareja digna del busto al que habló la zorra de la fábula: hermosa, pero sin seso.

Borrow, en su tercera venida a España, harto de andar y correr por la Mancha, ha decidido intensificar su trabajo en la provincia de Madrid; y una fría mañana de invierno, embutido en su zamarra y cubierta la cabeza con una montera de pelleja, como las que usaban los antiguos aguadores gallegos, semejando un campesino de Segovia, marcha carretera adelante con su pollino cargado de la preciosa semilla de la Palabra de Dios.

Ya está a las puertas del pueblecito de Cobeña, cuando al pasar delante de una joven que lleva un niño de la mano, ésta le grita: «¡Tío, qué lleva usted ahí, ¿jabón?» Más que sinceridad, creemos que las palabras de la joven envolvían algo de guasa. ¡Pero qué ignorante estaba ella de la verdad que decían sus palabras! En los libros que portaba Borrow estaba revelado aquél del cual dijo Malaquías que «será como jabón de lavadores», el cual lavará de tal modo nuestros pecados, que aunque fueran rojos como el carmesí, vendrán a ser como la blanca lana. Borrow llevaba efectivamente jabón, pero el jabón que podrá purificarnos como ninguna otra cosa en el mundo podría hacerlo. De esta vecina de Cobeña puede decirse que «abrió su boca con sabiduría».

Y pasando por alto otras mujeres, de las cuales solo se hace ligera mención, vengamos a la más excelsa de todas las que figuran en la obra: María Díaz, la castellana insigne, espejo de mujeres sensatas y de razones nobles, que sabe interesarse por el prójimo y participar en sus dolores y en sus alegrías. María Díaz, para ayudar a su esposo en el sostén de la familia, tiene una casa de huéspedes en Madrid, mientras él, allá en la Sagra toledana, laboreaba las tierras. Y en la casa que María tiene en la vetusta calle de Santiago, donde aun se ven casonas viejas, alguna de las cuales bien pudo ser la de María Díaz, se alojó Borrow en su segunda venida a esta Villa y Corte, en tiempos en que Ofalia empuñaba las riendas del poder. Dejemos la palabra a

Borrow, para que él nos haga el retrato de esta mujer, cuyo nombre bien merece figurar con letras de oro en la lista de cuantos se han interesado por la difusión de la Biblia en España. He aquí lo que de ella nos dice el autor de «La Biblia en España»:

«Podía contar esta mujer hasta treinta y cinco años; era más bien agraciada, y todos los rasgos de su fisonomía denotaban una inteligencia poco común. Tenía los ojos vivos y penetrantes, aunque a veces los velaba una expresión un tanto melancólica. Todo su porte respiraba serenidad y reposo notables, debajo de los que alentaban una robustez de ánimo y una energía para la acción prontas a manifestarse en cuanto era menester. Aunque española, y, como es natural, católica, animábanla una tolerancia y generosidad como ya las quisieran para sí personas colocadas a mayor altura. Durante mi permanencia en España encontré en esta mujer un amigo firme e invariable, y a veces un discretísimo consejero. Se adhirió a todos mis proyectos, no diré con entusiasmo, porque esto era impropio de su carácter, pero con sinceridad y cordialidad, y los favoreció en cuanto estuvo de su parte. No se apartó de mí en las horas de peligro y de persecución, y persistió en mi amistad, a pesar de lo mucho que mis enemigos trabajaron cerca de ella para inducirle a que me abandonase o me traicionase.

Sus móviles fueron nobilísimos: la amistad y una percepción exacta de los deberes de la hospitalidad; ningún otro incentivo ni esperanza egoísta, por remota que fuese, influyó en la conducta de esta admirable mujer para conmigo ¡Honor a María Díaz, la reposada, animosa e inteligente castellana!»

Mujer tal fué María Díaz. Por sí sola merecería un artículo. Pero el espacio se acaba, y sólo nos concretaremos a decir que la casa de María fué en lo sucesivo el hogar de Borrow, en Madrid; que fué esta mujer la que le atendió en sus necesidades, la que le cuidó en sus dolencias, la que le previno contra sus enemigos, la que le visitó en la cárcel, la que le animó en sus trabajos, la que le ayudó en su labor... Había mucho en María Díaz de la mujer fuerte de que nos habla el Eclesiastés. ¡Bien lo reconoce Borrow en su obra, rindiéndole un justo homenaje!

Y si vosotras, lectoras evangélicas, habéis encontrado algún interés en estas líneas y alguna enseñanza en las mujeres españolas de Borrow, no habremos perdido el tiempo ni malgastado el papel.

Suscribase a

ESPAÑA EVANGÉLICA

El periódico que le abrirá nuevos horizontes espirituales.

Seis pesetas al año.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BENEFICENCIA, 18. • MADRID (4)

Teléfono 33590

Borrow y el pueblo llano

POR JUAN ORTIZ GONZÁLEZ

Se ha dicho, y más bien por historiadores protestantes que por escritores católicos, que si la Reforma de principios del siglo xvi no prosperó en España, fué porque sólo influyó sobre individuos de la clase alta y no llegó en realidad al pueblo llano. Esto es verdad sólo en parte. Un gran historiador católico, Illescas, que pudo conocer bien las condiciones de España de aquellos días nos dejó escrita esta enérgica y comprensiva expresión: «Si la Inquisición se hubiese descuidado unos años, la Reforma se hubiese extendido por toda España».

Sea cual fuere nuestra opinión sobre la clase alta como medio para llegar a la clase baja, es indubitable que una reforma, ya política, ya religiosa, no llega a dominar una nación, ni queda consolidada en ella, hasta que la posee el pueblo llano que constituye, no sólo la mayoría en cualquier país, sino una mayoría abrumadora.

El haber permanecido por años ausente de España, morando por mucho tiempo en Nueva York, donde pude ver una variedad grande de tipos de la clase llana, de distintas razas, continentes y nacionalidades, me dió base para establecer comparación con nuestro propio pueblo del mismo tipo y clase. Entonces pude apreciar que, en este aspecto, España es una de las naciones más favorecidas del mundo; su pueblo llano, posee cualidades y excelencias muy superiores a la mayoría de los pueblos de la Humanidad. Con gran satisfacción, pude corroborar esta mi opinión con el testimonio de muchos críticos antiguos y modernos, no solo nacionales, sino principalmente extranjeros. Jorge Borrow es uno de ellos, y su testimonio, como nos ha dicho muy atinadamente D. Manuel Azaña, traductor de «La Biblia en España», es verídico y exacto: «Los paisajes, los lugares, las figuras, están notados con puntualidad; es excelente en la inteligencia de las costumbres, y no hay en el libro caricatura ni falsificación de sentimientos. El libro no es sólo verdadero; es, en ciertos puntos, revelador».

Veamos ahora qué piensa Borrow del pueblo llano de España. A pesar de que sufrió tantos y tan dolorosos contratiempos durante su estancia en España, exclama así: «En España pasé cinco años que, si no los más accidentados, fueron, no vacilo en decirlo, los más felices de mi existencia. Y ahora que la ilusión se ha desvanecido ¡ay! para no volver jamás, siento por España una admiración ardiente; es el país más espléndido del mundo, probablemente el más fértil y con toda seguridad el de clima más hermoso. Si sus hijos son o no dignos de tal madre, es una cuestión distinta que no pretendo resolver; me contento con observar que, entre muchas cosas lamentables y reprensibles, he encontrado también muchas nobles y admirables; muchas virtudes heroicas, austeras, y muchos crímenes de ho-

rrible salvajismo; pero muy poco vicio de vulgar bajeza, al menos entre la gran masa de la nación española, a la que concierne mi misión».

Borrow protestará también contra una de las acusaciones más grandes de la llamada *leyenda negra*, a saber, que el pueblo bajo español es el más fanático de los pueblos del mundo: «Aunque suene a cosa rara, España no es un país fanático. Algo sé acerca de ella, y afirmo que ni es fanática ni lo ha sido nunca: España no cambia jamás».

Hablando en términos generales de España, y considerando Borrow el «desgobierno» de los Austrias, brutales y sensuales, la estupidez de los Borbones, y, sobre todo, la tiranía espiritual de Roma, nos dirá que España «se mantiene independiente, combate en causa propia, y los españoles no son aún esclavos fanáticos ni mendigos rastreiros. Esto es decir mucho, muchísimo; porque España ha sufrido lo que Nápoles no ha tenido nunca que sufrir, y, sin embargo, su suerte ha sido muy diferente de la de Nápoles. Aun hay valor en Asturias; generosidad en Aragón; honradez en Castilla la Vieja, y las labradoras de la Mancha pueden aún poner un tenedor de plata y una nivea servilleta junta al plato de su huésped. Sí; a despecho de los Austrias, de los Borbones y de Roma, todavía media un abismo entre España y Nápoles».

Pero Borrow no se contenta con hablar en términos generales. Nos hablará también de Madrid, como ciudad típica. La descripción que hace de Madrid, es asombrosa: «He visitado casi todas las capitales importantes del mundo; pero, en conjunto, ninguna me ha interesado tanto como la villa de Madrid, donde a la sazón me hallaba. No hablo de sus calles ni edificios, de sus plazas ni de sus fuentes, aunque algo de esto hay en Madrid digno de nota; Petersburgo tiene calles más hermosas; París y Edimburgo, edificios más suntuosos; Londres, plazas más bellas, y Shiraz puede alabarse de poseer fuentes más lujosas, aunque no aguas más frescas. ¡Pero la población!... Cercados por un muro de tierra que apenas mide legua y media a la redonda, se agolpan doscientos mil seres humanos (hoy tiene alrededor de un millón), que forman, con toda seguridad, la masa viviente más extraordinaria del mundo entero; y no se olvide nunca que esta masa es estrictamente española. La población de Constantinopla es harto singular, pero han contribuido a formarla veinte naciones: griegos, armenios, persas, polacos, judíos; estos últimos de origen español, dicho sea de paso, y que aun hablan entre sí el castellano antiguo. Pero la población de Madrid, en su totalidad, sin otra excepción que un puñado de extranjeros, es española neta, aunque buena parte de ella no haya nacido en la capital». Y termina su descripción, dando un cariñoso

LA BIBLIA Y ESPAÑA

POR PROGRESO PARRILLA

saludo a los *aguadores* de Asturias, a los *caleseros* de Valencia, a los *mendigos* de la Mancha, a los *criados* montañeses, a los *mayordomos* y *secretarios* de Vizcaya y Guipuzcoa, a los *toreros* de Andalucía, a los *repostereros* de Galicia, a los *tenderos* de Cataluña, a los castellanos, extremeños y aragoneses y, en fin, a los veinte mil *manolos* de Madrid.

Para mí, el juicio más atinado y exacto de Borrow, es el que formula acerca de los criminales del pueblo español. El que esto escribe, fué, por dos años, confesor de la cárcel Modelo de Madrid, y ha visitado a prisioneros de diversas naciones en su propio país, y ha notado el mismo fenómeno que notó Borrow después de haber visitado múltiples cárceles en España y otros países. No podemos citar las palabras de Borrow en toda su amplitud, porque este artículo rebasa ya sus límites, pero he aquí en sustancia, su juicio: «Hay estafadores, ladrones, asesinos y toda clase de criminales en el pueblo llano español, pero no se nota en ellos jamás, la villanía y degradación en que caen los prisioneros de otras nacionalidades. El lenguaje soez y la brutalidad casi animal que son tan frecuentes en los prisioneros de naciones que se precian de más cultas que España, no se encuentran entre los prisioneros españoles; éstos, después de haber cometido sus crímenes, se mantienen con tal sentimiento de dignidad personal, de gravedad, cortesía y moderación, que me causaron siempre admiración y asombro».

Mucho más podríamos copiar de «La Biblia en España», para corroborar nuestro tema, pero necesitamos dar fin al artículo.

Cuando Borrow se entrevistó con Mendiábal, éste le dijo: «¡Si me trajese usted cañones, si me trajese usted pólvora, si me trajese usted dinero para acabar con los carlistas!». Ahí estuvo la equivocación del estadista español. El Evangelio que traía Borrow valía más, incomparablemente más, para la regeneración de España, que los cañones, la pólvora, las balas y el dinero. No cometamos nosotros la misma equivocación. Esforcémonos, como Borrow, en que ese Evangelio llegue a las manos de todo ciudadano español. El día en que así sea, la mayoría de los españoles, podrán tomar a Jesús como su «camino, verdad y vida», y cuando esto llegue, España quedará verdaderamente regenerada.

El segundo «Jorge Borrow»

Es el Coche Bíblico que lleva su nombre y que ha empezado a correr por los caminos de España a primeros de Agosto de este año. Lleva, además de una Librería desplegable en su parte posterior, tres literas, cocinita y lavabo para que los «libreros» hagan dentro su vida. Va provisto de fonógrafo, altavoz y micrófono. Ha vendido ya unos 8.000 ejemplares de las Escrituras. Muchos más miles de personas han escuchado un sencillo mensaje del Evangelio. No ha encontrado hasta ahora, gracias a Dios, tropiezo ni dificultad seria de ninguna clase.

Si Dios no hubiera dado una revelación de Sí mismo tal como la tenemos en la Biblia el hombre podría haberla demandado imperiosamente. La revelación que tenemos en la Naturaleza con sus incontables maravillas, el hombre con su conciencia y el sentido del deber y la Historia que evidencia la intervención providencial de Dios en el gobierno de los asuntos de la Humanidad, pueden ser suficientes, y ciertamente lo son, para manifestar al hombre despierto la existencia de un Dios sabio, poderoso y benévolo que reclama sus derechos sobre sus criaturas. Pero esa revelación deja sin luz los grandes problemas, las tremendas necesidades del alma humana que reclaman sin titubeos ni vacilaciones, si no una solución, cuando menos una explicación aceptable de los mismos, que sea a la vez compatible con las exigencias del hombre y el carácter de Dios tal como lo manifiesta la revelación natural.

San Agustín dijo: «El hombre ha sido hecho para Dios y nada sino Dios puede satisfacerle». Dios, que ha dotado al hombre de la capacidad de conocerle y de la comunión con Él, que en la Naturaleza se ha mostrado personal y supremo, podría esperar que la demanda de una revelación de su carácter fuera la consecuencia inmediata del encuentro del hombre—su criatura—con estos hechos acerca de Él. De ahí que anticipándose a esa demanda, en diferentes ocasiones y de diversas maneras se ha manifestado al hombre, manifestación que alcanza su expresión definitiva en la persona histórica de Jesucristo, a quien conocer es conocer al Padre.

Esta revelación es inevitable por lo que el hombre conocía de Dios mismo; pero en el hombre había tales necesidades y tales problemas planteados en el área de su propia persona y en el campo más amplio de la colectividad humana, que hubieran quedado incomprendidos y la mayor parte sin solución, si a disposición del mismo no hubiera habido otra luz que la que arroja el conocimiento de Dios y del hombre que da la creación. La actitud de Dios hacia el pecado, que nos lo revelan como justo y santo; su provisión del remedio para el mismo, que nos le presenta como tiernamente amoroso; su gracia, con la que ha buscado a una Humanidad caída y que le era hostil, para salvarla y capacitar al hombre creyente para una vida libre del dominio del pecado y al servicio suyo. que es tanto como servir al bien y a la justicia perfectos, no se hubiera podido alcanzar ni por el razonamiento de la mente humana, ni por el descubrimiento del gran mundo del telescopio ni del pequeño mundo del microscopio, ni aun por los fallos del tribunal de la conciencia.

Cegado el hombre por el pecado, esclavizado bajo el dominio despótico de una naturaleza rendida completamente al servicio

del mal, debilitado e incapacitado para buscar a Dios, en un mundo donde las injusticias imperan, donde el dolor ha alcanzado iguales proporciones a las del pecado mismo, invadiendo a toda la raza sin dejar cosa ileso en la personalidad, surgen problemas ante la conciencia que piden una revelación que arroje luz suficiente sobre ellos.

Y la luz fué dada, la Biblia. En ella Dios ha dicho que el pecado no es necesariamente definitivo, sino que el hombre puede encontrar, no en sí mismo, sino en el remedio provisto por Él, liberación de su tiranía, responsabilidad y corrupción. Que las tentaciones, tristezas y el dolor no constituyen el fin de la vida, sino los instrumentos necesarios en las manos de un Padre tierno y amoroso para mantener despiertas la conciencia y la voluntad veleidosas de sus tiernamente amadas criaturas. Pero que todos ellos pueden encontrar—y en verdad lo encuentran para el alma creyente—su final solución cuando cumplan el fin para el cual son permitidos.

Lo anteriormente dicho guarda conexión inseparable con el título de este artículo. Las necesidades de España y el mensaje de la Biblia para esas necesidades, no son más que un compendio de las necesidades de la Humanidad y del mensaje de la Biblia para las mismas.

Contemplando la situación de nuestro país desde cualquier ángulo que nos coloquemos, el político, el social, el económico, el religioso y el espiritual, se patentiza sin ningún género de dudas que la gran necesidad de España es la Biblia. Muchos de los males que hoy aquejan a nuestro país habrían sido evitados si los directores de la vida nacional, no ahora sino de siempre, hubieran aprendido el difícil arte de regir al pueblo en los principios esenciales de la buena administración, que se encuentra en la Biblia; si en ella hubieran aprendido los españoles no solo la norma de su conducta sino los fundamentos de una sociedad en que los intereses y derechos deben ser mutuos y no necesariamente antagónicos y la convivencia y el respeto imperativos, el valor temporal de las cosas terrenales y el eterno de las espirituales, a apreciar estas sobre aquéllas; si los padres hubieran aprendido en sus páginas los deberes para con sus hijos y los hijos los suyos para con los padres y hubiera sido el abecedario en el que las madres no sólo hubieran enseñado las primeras letras a sus hijos, sino donde éstos hubieran aprendido el propósito y finalidad de la vida en el mundo.

El estado de evidente descomposición que la sociedad nos ofrece no presentaría perspectivas tan aterradoras; el pecado, con su secuela de odios, ambiciones y corrupción no estaría tan difundido; los conflictos entre las diferentes clases sociales no se desenvolverían en el terreno de la lucha cruel, sino en el del razonamiento y gene-

rosidad, si la Biblia hubiera ejercido su acción bienhechora en la formación de la voluntad y la conciencia colectivas e individual y arrojado su luz clara sobre la causa y remedio de las mismas cuestiones.

El mayor bien que podemos hacer a España es darle la Biblia. Poner un ejemplar de la misma en las manos de cada español e interesarle en la lectura y meditación de su contenido debe ser la aspiración de cada uno de los que hemos experimentado en nosotros su influencia bienhechora.

Pero no sólo precisa la Biblia el pueblo no cristiano. También la necesita el pueblo cristiano. El estado actual de la Iglesia nos habla con harta elocuencia del lugar que ocupa en las vidas de los que llevan nombre tan glorioso. Es evidente que para muchos la Biblia continúa siendo un libro tan cerrado como lo era antes de tenerla en sus manos. Se conoce bastante *acerca* de la Biblia y se han estudiado libros que hablan de ella. Pero esto que puede ser en determinadas ocasiones un auxiliar valioso para la recta comprensión de la misma, nunca

puede ser su sustituto. El hecho es que la Biblia continúa casi desconocida.

Y, sin embargo, los problemas espirituales no pueden ser bien comprendidos ni encontrar solución adecuada sino por un estudio paciente y a fondo de la Biblia. El propósito divino de la vocación cristiana sólo se puede percibir en toda su maravillosa e incomparablemente bella extensión por el estudio continuado de la misma. El problema apremiante, universalmente reconocido, de la falta de poder de la Iglesia en el tiempo actual no puede ni percibirse en toda su trágica realidad ni encontrar el camino de su solución sin el estudio de la Biblia. Y en fin el avivamiento espiritual del Cuerpo de Cristo, por el cual se eleva un clamor incesante en este tiempo y tan necesario o más en nuestro país como en cualquier otro, ha de tener su origen sólo y exclusivamente en el estudio de la Biblia.

Pero este estudio sólo dará los frutos apetecidos y que le son propios si se hacen bajo la inspiración y guía del Espíritu Santo.

Es necesario que todos los españoles, sin excepción alguna, sepan la verdad del Evangelio; y para que esto se lleve a la práctica, dados los veintiséis millones de habitantes que pueblan la Península y los veintiséis mil que aproximadamente somos los evangélicos, nos toca a cada uno evangelizar a mil personas. ¡Vaya tarea! Pero si todos ganásemos un alma para el Señor cada día, en menos de diez años — no haría falta otro siglo —, en una década, toda España sería evangelizada. Pero...

Se llama *tarea* no sin razón. Es una verdadera tarea. Consiste en algo más que en contar números; es preciso contar con muchas cosas y descontar otras muchas más. ¡Si hubiera estos veintiséis mil evangélicos indicados en ciertas estadísticas de la Obra, en primer lugar! ¡Si los que haya, aunque menos, fuesen fieles! ¿Y las fuerzas y actividad del enemigo en sus múltiples formas? ¿Y la debilidad e inactividad aun de los verdaderos cristianos? El mero hecho de que no haya dejado de ser tarea lo que hace dos mil años lo era, basta para probar que está bien calificada la Obra nuestra; y si la verdad decimos, es mayor hoy la tarea que nunca, lo que va en consonancia y cumplimiento de lo que se ha predicho en la Palabra divina acerca de los postreros días.

LA MISIÓN DE LOS JÓVENES

POR ARTURO J. CHAPPELL

FUÉ obra de un verdadero titán la que llevó a cabo Jorge Borrow, hace cien años, cuando, todavía joven, ofreció a España, con una tarea audazmente comenzada, un porvenir preñado de nuevas esperanzas, las cuales, poco a poco, se han ido trocando en realidades, merced a la gracia de Dios y a los esfuerzos de quienes han seguido la labor tan gloriosamente iniciada.

Conviene preguntarnos hasta qué punto el porvenir del Evangelio en el segundo siglo de labor a que nos ha traído aquel ademán y otros igualmente generosos, va a depender (si el Señor no viene antes) de la actitud presente o inmediatamente futura de los jóvenes creyentes del país. Para ellos, como primeros interesados, se garrapatean estas breves líneas.

Papel de incuestionable importancia habéis de desempeñar, queridos jóvenes, en el campo evangélico; mucho dependerá de vosotros, muchísimo.

Ayer era el día de los que, habiendo luchado por Cristo, han pasado ya a su recompensa; veneremos su memoria. Hoy hombres maduros y con rostros surcados de arrugas, ocupan la primera fila, peleando la buena batalla. Y el mañana — pensadlo bien — el mañana queda para vosotros.

Sí: el mañana, con sus vastas perspectivas y lejanías, donde os esperan mil y una aventuras en las selvas vírgenes; el mañana, con sus grandes descubrimientos de enorme placer o de terrible desencanto; con sus sorpresas a cada paso; sus batallas a librar y sus victorias a ganar; el mañana, con sus montañas de dificultoso escalamiento, sus pasos arriesgados, sus ventisqueros y precipicios, sus peligros de toda clase en acecho del valiente que quiere avanzar y explorar; el mañana, con sus mil encantos, sus ilusio-

nes, sus cambios, es vuestro. No le podéis volver la cara.

Siendo así, conviene tomar medidas y hacer cálculos, porque, «¿cuál de vosotros — dice Cristo — queriendo edificar una torre, no cuenta primero, sentado, los gastos... porque después que haya puesto el fundamento y no pueda acabarla, todos los que lo vieren no comiencen a hacer burla de él?» Sentados debéis estudiar la cosa seriamente, y voy a permitirme acompañaros en el examen, aunque no sea tan joven como algunos de vosotros, por haber visto lo que va del siglo y algo del pasado, proponiendo que consideremos los siguientes puntos:

La tarea.

Es la misma que se encomendó a los primeros discípulos de Jesús cuando Él les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio»; la misma que trajo a Borrow hace un siglo a España: la de hacer saber por todas partes las gratas noticias de que «Cristo fué muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fué sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras»; que «en ningún otro hay salud, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos»; la de llevar a todos la Palabra de Dios que es «viva y eficaz», haciéndoles comprender lo que es Cristo para España y lo que España es para Cristo.

La tarea se os presenta a todos. No es solamente la labor de la Casa Bíblica con su «flotilla» triulada por hombres valientes; no es sólo la de los pastores y obreros evangélicos, oficialmente considerados; a todos y a cada uno de los creyentes incumbe esta responsabilidad, y de una manera especial a los jóvenes.

Las oportunidades.

Tenemos muchas.

Si últimamente, en algunos países ha habido restricciones religiosas, en España hay menos de éstas que antes; gozamos de oportunidades por cuyo disfrute han anhelado, sufrido y muerto nuestros antepasados.

Si en otros tiempos los medios de transporte han sido escasos y malos, como cuando Borrow tenía que viajar al estilo quijotesco y Julianillo usaba el llamado Coche de San Fernando, hoy tenemos «bicis» y motos, autos propios y coches de línea, trenes, barcos y toda clase de facilidad para, con rapidez y economía, llegar a las villas y pueblos.

Si en gran parte el pueblo era antes analfabeto, hoy es el día cuando la mayoría de los hombres y jóvenes, por decir lo menos, sabe leer y quiere leer.

Y si en otros tiempos se recelaban muchos por «el qué dirán» y la opresión fanática de los contrarios, hoy el deseo de saber, ayudado con el espíritu de independencia y libertad, ha vencido en muchos casos los escrúpulos de conciencias subordinadas al dictamen de un padre confesor y ha libertado las voluntades doblegadas al yugo del caciquismo.

Sí, doradas oportunidades son las que se nos presentan, y al desarrollarse el segundo siglo de labor evangélica, falta nos hace el saber aprovecharlas para que las puertas no sean solamente «grandes», sino también «eficaces».

Medios y estímulos.

¿Y qué diremos de los medios a nuestro alcance, y de los estímulos que nos deben mover?

Medios adecuados hay para todo y para

todos. El que nos llama a su santo servicio no nos envía a nuestras expensas, sino que nos equipa perfectamente para ello.

Tenemos un Salvador potente para salvar, con cuyo auxilio podemos hacer «todas las cosas»; tenemos un Evangelio en nuestras manos y en nuestros labios que es «potencia de Dios para salvar»; tenemos al mismo Santo Espíritu que obra en y por medio de nosotros y es quien da poder efectivo a la Palabra de Dios.

Fuerza y animación, valor y entusiasmo, son propios de la juventud; medios también que Dios se digna usar en su santa Causa. Cuando éstos están supeditados y dirigidos por la Palabra de Dios, es cuando haremos proezas. Según afirmación inspirada del apóstol Juan «los mancebos son fuertes porque la palabra mora en ellos y han vencido al maligno».

Finalmente, llegamos a los estímulos que nos deben mover y que merecen detenida

consideración de todos, puesto que a todos viene el desaliento y el decaimiento a veces, y ninguno está demasiado dispuesto ni es sobradamente capaz de llevar a la práctica lo que de él se pide y se espera.

¿Qué del mandato del Señor a cumplir? ¿Qué de las almas que os rodean en los caminos del error y perdición? ¿Qué del rápido volar del tiempo y el paso de las oportunidades? ¿Qué de la inmensurable eternidad próxima a venir? ¿Qué del tribunal de Cristo?

España necesita jóvenes *armados* del mismo pensamiento de Cristo; jóvenes impulsados por su amor, *cautivados* por él y *sujetos* a él, jóvenes constreñidos por la palabra, como San Pablo, y que no pueden reprimirse de hablar por su Señor; jóvenes completamente *enamorados* de él y totalmente entregados al servicio del Maestro. El joven enamorado, sólo en esto está su cuidado.

cionarse con su hermano Benjamín Wiffen, en cuya casa se hospedó. Esta amistad, y de un modo particular la impresión que produjo en el ánimo del caballero español y de su señora la muerte de la fervorosa madre de Wiffen, acaecida en una de sus visitas a Inglaterra, determinó su conversión y consagración al servicio del Evangelio. Con este objeto se dedicó a resucitar del polvo de los archivos las joyas de la literatura protestante española del siglo xvi. En 1855, relacionado con la Spanish Evangelization Society, constituyó en Madrid un Comité Español, del que formaron parte *D. Ángel de Mora* y otros convertidos. La obra de este Comité tuvo que limitarse a trabajos literarios, distribución de tratados y de ejemplares de las Sagradas Escrituras, en cuyas labores Usoz colaboraba personalmente, cuando le sorprendió la muerte en el año 1866.

D. Francisco de Paula Ruet, abogado, natural de Barcelona, oyó predicar al elocuente pastor De Sanctis en Turín y fué convertido. Vuelto a Barcelona comenzó a predicar el Evangelio. Preso por este delito en el año 1855, el obispo de la diócesis le condenó, según las leyes de su Iglesia, a ser quemado vivo en la hoguera; pero el brazo secular encargado de ejecutar tan caritativo encargo, no quiso cumplimentarlo en esta ocasión, y se contentó con desterrarle después de nueve meses de cárcel. Ruet se refugió en Gibraltar, en donde le encontraremos al hablar de la aurora de libertad religiosa.

Trabajos misioneros.

El día 10 de Enero de 1835 es una fecha señalada para los anales de la Obra misionera en España, como lo es el 10 de Noviembre del mismo año, en lo que se refiere a la labor bíblica; pues en esta fecha el *Dr. Rule* que había estado pastoreando varios años una Iglesia metodista inglesa en Gibraltar, sintiéndose llamado por el Señor para introducir el Evangelio en el interior de la Península, embarcó para Cádiz. Sus amigos le despidieron tristes, temiendo mucho que no volverían a verle dada la peligrosa misión que se proponía llevar a cabo.

Después de algunos trabajos de exploración en Cádiz y en Sevilla, el *Dr. Rule* vino a Madrid, en donde se entrevistó con el célebre Torres Amat y otros eclesiásticos notables, todos los cuales comprendían lo acertado de la posición protestante en ciertos aspectos, pero no estaban dispuestos a tolerar semejante competencia en España. Creemos que el triunfo del escepticismo en nuestra patria debería haber convencido a la Iglesia católica de su nefasta equivocación.

En Cádiz le protegió por cierto tiempo el gobernador *D. Pedro Urquinaona*, y durante algunos meses predicó en un salón repleto de oyentes. En Marzo de 1836 fueron recibidos por primera vez como miembros de una congregación evangélica en España dos creyentes convertidos. Eran una jovencita alumna del colegio establecido

(Continúa en la página 276.)

La Obra Evangélica hace cien años

POR SAMUEL VILA

SE sonreirá el lector a la vista de este título, pues ¿qué Obra evangélica había en España hace un siglo? Ciertamente; ninguna Congregación evangélica organizada podía existir en aquellos tiempos, cuando la Constitución que defendían los hombres más liberales resolvía la cuestión religiosa en la siguiente forma: «La religión de la nación española es, y será, perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera. La nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra».

Si esto decían los constitucionales de Cádiz, ¿cuál sería el criterio de los absolutistas acerca de la cuestión religiosa durante el primer cuarto del siglo pasado? La Constitución del 37 no habla sino de la religión católica y sus privilegios. Parece darse por descontado que ningún ciudadano podía ser otra cosa que un súbdito sumiso de Roma, por el mero hecho de haber nacido en tierra hispana.

Los primeros convertidos.

Sin embargo, no era así, pues la verdad del Evangelio prendió en algunos españoles de diversa condición desde los mismos principios del siglo pasado. El *Dr. Rule* habla del conocido maestro de escuela *D. Cayetano Ripoll*, último mártir de la intolerancia, agarrotado en la plaza del Mercado de Valencia en 1826, por el delito de herejía, como de un convertido al Evangelio a quien el pueblo que presenció su suplicio recordaba con veneración. Le llama: «El maestro cuákero, que daba buenas instrucciones a los niños», aunque en rigor sus opiniones eran más extremas.

En 1824, un sacerdote, llamado *D. Juan Calderón*, emigrado a Bayona por sus ideas liberales, halló en el Evangelio la solución

de sus conflictos espirituales, y empezó a predicarlo a sus compatriotas desterrados, mientras procuraba ganar su pan con un trabajo manual. En 1829 le hallamos en Londres tratando de formar una Iglesia española que se reunía en la capilla bautista «Bethel Chapel», del barrio Somers Town. Más tarde, iniciados los trabajos misioneros en España, vino a Madrid, en donde estuvo haciendo obra personal, pero sin intentar tener reuniones públicas, entre los años 1842 al 1845. A la caída de Espartero, ni este trabajo fué posible continuar, y tuvo que emigrar otra vez a Londres, en donde se dedicó a escribir libros de apologetica religiosa y la revista *Catolicismo Neto*, que se introducía en muchos hogares españoles como secreto mensajero de la Verdad. También colaboró en la versión del Nuevo Testamento, titulada: «El Nuevo Pacto», que la muerte no le dejó terminar.

Fruto de estos trabajos fué la conversión del padre capuchino *Ramón Montsalvatje*, en 1841, el cual vino a su vez a ser un buen colaborador en la obra de propagar el Evangelio, según las posibilidades de su tiempo.

D. Luis de Usoz y Río fué otro convertido notable que trajo a la Causa evangélica, junto con su vasto talento y erudición, la indiscutible ventaja de una posición desahogada. Como catedrático de hebreo en la Universidad de Valladolid, se interesaba por las cuestiones bíblicas, y pronto le hallamos relacionado con el adalid de la propaganda bíblica en España. En un viaje que Usoz hizo a Londres en 1839, Borrow le presentó en el Círculo de los Amigos de la Sociedad Bíblica. El catedrático español, a quien había impresionado la lectura de un libro de Jeremías Wiffen, quiso conocerle (sin saber que había ya fallecido) y así vino a rela-

EL PRIMER COLPORTOR ESPAÑOL

Julianillo Hernández, espejo de colportores

POR PATRICIO GÓMEZ

EL fecundo escritor Manuel Fernández y González, en su drama *El Cid* pone en boca de nuestro héroe medieval estas palabras:

*Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla
se va ensanchando Castilla
al paso de mi caballo.*

Algo semejante se verá precisado a decir el poeta, que se decida a cantar fielmente las proezas del héroe cuyo nombre encabeza estas líneas.

En el aspecto exterior, seguramente, nada encontraríamos que los asemejara. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, es un apuesto y formidable militar, terror de la morisma, mientras que Julián, recibe el cariñoso nombre de *Julianillo*, a causa de su corta estatura. Su cuerpo era no sólo «pequeñuelo», sino «tan macilento, que sólo parecía constar de piel y huesos» (1). Y, sin embargo, si de lo exterior pasamos a examinar lo interior, el temple del alma, lo que constituye la verdadera personalidad entonces el parecido es completo y como los que tuvieron la dicha de conocerlo nos sorprendemos y maravillamos de que la sabiduría de nuestro Dios se complazca en «escoger a las cosas que en la apariencia y realidad mundana son más débiles, para cubrir de vergüenza a las más fuertes según el mundo».

Aunque ambos héroes se mueven en terrenos tan diferentes y usan armas tan diversas, los dos luchan «por necesidad», les impulsa su respectiva vocación. Al uno el deseo de ver a su patria libre de la invasión morisca, al otro — lo diremos con las mismas palabras de uno que le conoció personalmente (2) — «Movido con el celo de hacer bien a su nación», por rescatarla de la peste romanista, que había invadido la patria y amenazaba estrangularla con su impía Inquisición. Las batallas que ganan ambos héroes son muy desiguales, pero en los resultados no deja de haber sus puntos de contacto. Si el primero va ensanchando Castilla al paso de su caballo, siendo sus victorias tantas, que aun a su cadáver se le ha atribuido haberlas ganado, el segundo nuestro Julián, ensanchó el Reino sempiterno del Señor por donde quiera que fué, pudiendo decir el papista Santibáñez de él, que «con increíble habilidad, encontraba secretas entradas y salidas, y el veneno de la Nueva Heregía (la antigua verdad del Evangelio, olvidada por el papa y sus secuaces), se divulgó con gran velocidad por toda Castilla y Andalucía. En donde ponía

el pie, empezaba el incendio» (1) ¡Magnífico testimonio de un enemigo, a las nobles cualidades del santo mártir de Jesucristo!

La Reconquista espiritual.

No sé si, en puridad de verdad, Julián Hernández fué «el primer colportor español», pues sabemos que durante toda la Edad Media hubo en nuestra patria muchos que amaron la Palabra de Dios y procuraron extenderla; pero, por su plena consagración al Señor y por su heroísmo en el servicio, bien merece ser considerado como padre del colportorado español, y aun mejor, como *espejo* de los colportores, lo cual, prácticamente, consideramos de superior valor para nosotros.

Cómo se producían las ediciones bíblicas y evangélicas.

Por el *Memorial* a los inquisidores del Arzobispo de Toledo, Carranza (2), conocemos algo del trabajo intelectual y los grandes sacrificios que nuestros hermanos en la fe del siglo XVI se imponían por la evangelización de España. Se afirma en él que «de allá de España se paga las costas de las emprentas» de cuantos libros daban a luz los ilustres doctores expatriados por su fe, y que estos mismos, en su destierro, «son proveídos de allá — desde España — para sustentarse en Alemania». Esparcidos por Suiza, Alemania, Holanda e Inglaterra, sufriendo innumerables calamidades, podían repetir con el salmista: «Si me olvidare de ti, oh, España, mi diestra sea olvidada. Mi lengua se pegue a mi paladar si no me acordare». En sus trabajos cotidianos, en busca de lo necesario para ellos y los suyos, les acompaña en sus pensamientos la patria querida, y podemos imaginarnos la sagrada emoción que experimentarían cuando, de tiempo en tiempo recibieran desde la patria aquellas ofrendas fraternales.

Cómo se transportaban y difundían.

Producir literatura para defender la sacrosanta doctrina del Evangelio era cosa relativamente fácil, pues tantas razones tenían para ello; lo difícil era introducir en España esa literatura y ponerla en las manos de los españoles. En el citado *Memorial* se dice: «Los que traen los libros de los herejes en español e latín de Alemania, son algunos libreros de Anvers que van dos veces al año a la feria de Francfort, donde cada año se traen todos los libros que hay nuevos de herejes, e allí vienen también los españoles que están en Alemania, huídos

de España por la religión, e de éstos bajan cada año algunos a estos estados de Flandes e traen algunas cajas o fardales de libros de herejes para guiarlos de aquí a España». Avisada la Inquisición, rápidamente tomó sus medidas para impedir que la luz del Evangelio penetrara aquí. Felipe II envió desde Bruselas, en traje de seglar, a Fr. Lorenzo de Villavicencio, del Orden de San Agustín, a la fecha de Francfort, y averiguó que *muchos españoles heterodoxos* andaban derramados por Alemania, escribiendo libros sospechosos, que por Francia remitían a España, introduciéndolos por las montañas de Jaca, de Aragón, «porque el Tribunal de la Inquisición tenía tomados todos los puertos» (1). Así, nuestros hermanos desterrados, de acuerdo con los que quedaron aquí, ponían a contribución su ingenio y su valor, mientras seguían escribiendo, orando y sufriendo para bien de la patria. Entonces, cuando el peligro es mayor, se destaca la figura de Julianillo, quien por los servicios prestados a la Causa del Evangelio, «por la agudeza de su ingenio, por su mucha erudición en las Sagradas Letras y por su valerosa muerte», merece ser considerado por Adolfo de Castro, en su *Historia de los Protestantes Españoles*, como «uno de los protestantes más notables de España».

Miembro de la Iglesia de Sevilla.

Poco sabemos de los primeros años de Julián. Siendo aun niño, su familia se trasladó a los Países Bajos, y desde allí a Alemania. Sabemos que fué aprendiz de imprenta y que, obligado por su oficio, fué convertido por la lectura de las obras de los reformadores, que debía componer. Parece que después de su conversión volvió a España y que «era entonces vivo y activo miembro de la congregación de Sevilla, la cual le eligió como uno de sus siete diáconos, que siguiendo el modelo de la primera congregación, tenían que cuidar de los pobres y enfermos» (2). En el cumplimiento de su ministerio siente la falta de libros para la edificación de los fieles, y de acuerdo con sus hermanos vuelve al extranjero. En el piadoso Dr. Juan Pérez de Pineda, ex director del *Colegio de la Doctrina*, sevillano, encuentra un alma que late al unísono con la suya. Vuelve a su oficio de impresor, mientras se prepara la primera expedición del colportaje que había de dirigir. Al fin todo está dispuesto y, tras una emocionante despedida, en la que los hermanos encomiendan al cuidado de Dios la sagrada carga y al que la había de transportar, se acomete «una empresa, que así como era de

(1) Montes: *Artes de la Inquisición española*, página 237.

(2) Valera: *Exhortación*, que precede a su edición de la Biblia.

(1) Santibáñez: *Historia de la Compañía de Jesús en esta provincia de Andalucía*. Manuscrito de la Biblioteca Colombina.

(2) Navarrete: *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, págs. 519 y 529-33.

(1) Pellicer: *Ensayo de una Biblioteca de traductores*, pág. 33.

(2) E. Christ: *Héroes españoles de la Fe*, pág. 216.

importancia no corta, así también estaba llena de inminente peligro. Ardiendo en el deseo de propagar en su patria la luz evangélica, transportó a España dos grandes pipas de Biblias en español, cuya operación era de temerse, no menos que si hubiesen de introducirse otros tantos carros de escorpiones y de insectos venenosos de toda especie...» (1).

La hazaña.

Valera califica de «cosa bien memorable», realizada «por un gran milagro de Dios»; añade que se efectuó esta hazaña de Julián en el año 1557 y que consistió en sacar de Ginebra «dos grandes toneles llenos de libros españoles» (de los impresos en Ginebra por el Dr. Juan Pérez) «y los metió dentro de Sevilla y los repartió» (2).

Cuántos viajes hizo y cuáles fueron los incidentes de sus correrías con su sagrada carga, burlando a los aduaneros y ministriles de la Inquisición, lo sabremos un día, cuando todos los secretos se revelarán. Al fin cayó en manos de sus enemigos. A su paso por Flandes dió un Nuevo Testamento a un herrero, quien lo entregó a un cura, dándole también cuantas noticias pudo del generoso donante. El sacerdote se apresuró a comunicárselas a la Inquisición de España, con cuya pista pudieron prenderle cerca de Palma del Río, provincia de Córdoba, en el mismo año 1557, que había realizado su última y más intrépida hazaña. La captura del valeroso Julián coincide también con el descubrimiento por la Inquisición de la Iglesia de Sevilla. La denuncia de una pobre loca y la hipocresía de otro «que se vendía por hermano y era un Judas», fué la causa de aquella ruina. «La presa fué tan grande, que se hinchieron las cárceles y aun algunas casas de particulares. Ochocientos fueron los que por la religión fueron entonces presos en Sevilla: cosa que asombró a los mismos inquisidores» (3).

Fidelidad en la prueba.

La alegría de los inquisidores fué inmensa por la captura de Julián, pensando que de él obtendrían fácilmente las noticias completas del movimiento evangélico en la Península. Conducido al fatídico *Castillo de Triana* no logran arrancarle nada que pueda dañar a sus hermanos en la fe, ni a la Obra en general. «Si negaba a la vista de los potros, el dolor no conseguía derribar la fortaleza de su corazón, la constancia en sus opiniones y el deseo de no ocasionar la pérdida de sus compañeros, no conocidos aún por los jueces del Tribunal de la Fe» (4). Llegó a fatigar con su prodigiosa constancia a los mismos atormentadores, aun con todos sus suplicios, pues ni a aquel macilento cuerpecillo faltaron nunca las fuerzas para sufrir tan repetidos quebrantos, y ni salía del tormento con menos entereza, o viva gallardía, que cuando entraba;

de suerte que ni con el dolor de las descoyunturas, ni con las amenazas de los ministros, ni con el rigor, en fin, cualquiera que fuese, podían impedirle que, al volver del suplicio, o más bien al pasar a rastras por las cárceles de sus compañeros, les hiciese entender su victoria y la vergüenza de sus enemigos con esta canción:

«Vencidos van los frailes, vencidos van,
Corridos van los lobos, corridos van» (1).

En inmundo calabozo y cargado de hierro le tuvieron incomunicado por espacio de tres años. Los inquisidores pusieron todo su empeño en convencerle, sin conseguir quebrantar su entereza en lo más mínimo.

El triunfo final.

En el día de su martirio, al verse en el patio del Castillo entre sus concautivos, dícese que con admirable serenidad de ánimo y de semblante, los exhortó con estas palabras: «Ea, pues, valor, hermanos, ésta es la hora en que, cual conviene a soldados animosos de Cristo, debemos dar delante de los hombres un fiel testimonio de Él y de su Verdad. Dentro de pocas horas, probados todos, cada uno a su vez, en ese mismo testimonio, triunfaremos con Él perpetuamente en los cielos». Tan piadosa como oportuna arenga fué interrumpida por los ministriles, «echándole a la boca una mordaza muy apretada, que llevó hasta el mismo suplicio».

Al subir al quemadero, ya que no podía explicar su firmeza con palabras, lo hizo con sus ademanes, para ejemplo de sus compañeros de martirio. «Se arrodilló y besó los escalones de la base o ara, y después, atado ya al palo, y cubierto hasta la cabeza con los hacecillos amontonados, escondía repetidas veces la cabeza entre los mismos hacecillos, como provocando de buen grado y desafiando al mismo suplicio».

El Dr. Fernando Rodríguez, que le asistía, pensando que a la vista del suplicio que le aguardaba se mostraría más blando, consiguió del Presidente le soltasen la lengua, quitándole la mordaza, para que pudiese significar su conversión; pero apenas le quitaron la mordaza «dió de su fe una declaración no menos explícita que otras veces, y al impío amonestador, que sabía le aconsejaba impíos dogmas contra su conciencia, le reprendió con tan duras palabras, que el charlatán, no sabiendo qué responder, determinó vengar su vergüenza con levantada voz, exclamando de esta manera: «¡Oh, España, domadora y señora de las naciones, pero en este instante perturbada por causa de un solo hombrecillo! ¡Muera, muera!» «Prestos estaban los satélites, que ejecutaron la voz del impostor aplicando a Julián una mortal herida entre las mismas llamas», dice Montes.

Así fué sacrificado este insigne siervo de Cristo. Echemos un velo piadoso sobre sus verdugos y bendigamos al Señor por la memoria de su santo mártir.

(1) Montes: Obra citada.

Lecciones para nosotros.

Los datos expuestos son elocuentísimos, y en ellos hay un claro *espejo* donde pueden mirarse, no sólo nuestros queridos hermanos los colportores, sino cuantos profesan seguir a Cristo.

El que quiera servir al Señor, como lo hizo él, asegúrese primero de su *conversión*. Ésta no consiste en repetir alegremente: «Salvo soy», sino en la nueva criatura. «Por la verdad deja home la mala creencia e toma la buena» (1), la verdad del Evangelio liberta y transforma al que la sigue.

Luego vendrá la *vocación divina*. El Señor tiene trabajo para todos sus siervos. El deber más ordinario se dignifica cuando lo hacemos para gloria de Dios y la edificación de nuestros hermanos, siguiendo los impulsos de una vocación celestial. Feliz el que puede repetir en su puesto: «Por necesidad batallo», o «No tengo de qué gloriarme de lo que hago, porque me es impuesta necesidad, y ¡ay de mí!, si no anunciare el Evangelio».

En tercer lugar hemos de tener *amor a las almas*. Sin este requisito Julián se hubiera quedado en el extranjero, disfrutando de su fe y de su libertad; pero el amor de Cristo hacia sus compatriotas le impulsó a desafiar la ira del más inicuo de los Tribunales y a burlarse de sus ministriles. Ese amor le inspira cautela y atrevimiento, le da razones para tapar la boca de los enemigos y para cautivar las almas, trayéndolas a Cristo. Ese mismo amor convierte su flaqueza en potencia y le hace *fiel hasta la muerte*. «Sus obras le siguen.» Su ejemplo seguirá inspirando a los fieles de Jesucristo...

¡Bienaventuradas las almas nobles que, como Julianillo, consagran sus vidas al Señor para servirle, sosteniendo en alto la luz esplendorosa de la verdad del Evangelio!

(1) Castigos e documentos del rey Don Sancho, capítulo XXXIV.

Cifras de tres fechas.

La Sociedad Bíblica había publicado en castellano:

a) A los cincuenta años de su fundación:

Biblias	54.869
Testamentos	168.997
Evangelios	49.740
TOTAL	273.606

b) A los cien años:

Biblias	481.898
Testamentos	912.991
Evangelios	2.450.998
TOTAL	3.845.887

c) A los ciento treinta y un años:

Biblias	2.071.354
Testamentos	2.223.690
Evangelios	11.807.514
TOTAL	16.102.558

¡Así crece la Palabra de Dios!

(1) Montes: Obra citada, pág. 238.

(2) Valera: *Tratado del Papa*, pág. 249.

(3) Valera: *Tratado del Papa*, pág. 249.

(4) A. Castro: *Historia de los protestantes españoles*.

La Obra Evangélica hace cien años.

(Continuación de la pág. 273)

por Rule y su madre. Pronto se unieron otras familias. La mayoría del Ayuntamiento se mostraba favorable al movimiento. El colegio de Rule contaba con un centenar de alumnos, y todo se presentaba bajo los mejores augurios cuando una orden del Ministerio de Gracia y Justicia hizo terminar aquella obra prematura, pero no la labor espiritual que continuó desarrollándose en secreto en Cádiz, Málaga, Granada, Loja, etcétera.

En los años del 1834 al 1839 el señor R. C. Champman, figura prominente entre los «Hermanos de Plymouth», hizo viajes de exploración por España acompañado del Sr. Gould, dedicándose ambos a distribuir ejemplares de las Sagradas Escrituras, que les eran enviadas ocultamente por medio de los buques ingleses que anclaban en nuestros puertos. Hablando de este trabajo en Barcelona y en Bilbao dice el Sr. Champman: «De buena gana hubiéramos pagado los derechos de Aduana, pero esto era imposible, porque los libros eran prohibidos. Así, los llevábamos a tierra sobre nuestras personas. Creo que los carabineros tenían alguna idea de lo que hacíamos, pero nunca nos detuvieron. Nuestro objeto era el de trabar conversación con las personas que pudiéramos y hablarles del Evangelio, y cuando descubríamos en ellas deseos de poseer la Biblia o el Nuevo Testamento se lo regalábamos». Estos viajes sirvieron para despertar en un sector considerable de «Iglesias libres» de Inglaterra un gran interés por la evangelización de España, que ha durado hasta nuestros días, trayendo un gran número de misioneros a nuestro país.

En 1845 el Dr. Thomson efectuó su primer viaje de investigación misionera entrando por los Pirineos en plena guerra carlista. En 1852 publicó un interesante folleto acerca de España, lo cual dió como resultado el que poco después de su muerte se formara entre sus amigos de Edimburgo la «Spanish Evangelization Society» ya citada al tratar del Dr. Uoz y Río. En 1859 esta Sociedad tenía cinco obreros trabajando clandestinamente en España y repartía anualmente unos 60.000 libritos y porciones de las Sagradas Escrituras.

Uno de estos obreros fué el conocido oficial del Ejército D. Manuel Matamoras, convertido en Gibraltar por la predicación de Ruet en el año 1858. Este campeón de la fe renunció a una brillante posición y afrontando todos los peligros se dedicó a predicar el Evangelio con otros esforzados obreros del Evangelio principalmente en Málaga, que parece haber sido el centro del movimiento. Se dice que existían también congregaciones evangélicas en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Sevilla, Granada, Cádiz, Jaén, Córdoba, Motril, etc. Ignoramos muchos detalles de la obra en aquella época y se han expresado dudas acerca del carácter de aquellas Iglesias for-

madas en los tiempos de efervescencia político-religiosa que precedieron y siguieron a la Revolución; pero tenemos pruebas de que el Evangelio que les era predicado era un Evangelio genuino, expuesto con toda claridad y sencillez y es seguro que se producirían no pocas conversiones verdaderas entre aquellas gentes ávidas de oír alguna cosa nueva.

La prisión de Matamoras y sus compañeros no paralizó la obra, antes prosiguió ésta con más empuje hasta el advenimiento de la Libertad religiosa.

La nueva aurora.

Triunfante la revolución de Septiembre de 1868 irrumpieron en la Península desde Gibraltar los campeones del Evangelio (Cabrera, Alhama y otros) que por tantos años habían tenido que venir trabajando como malhechores en la propia patria a la que querían tanto bien. Celosos misioneros de diversas denominaciones se apresuraron a entrar por otros lados. Los oyentes, ávidos de escuchar la Palabra de Dios, se juntaban por millares en las grandes capitales. Nuestra patria parecía entrar en una aurora de Reforma religiosa y, sin duda lo hubiera logrado, de no haber sobrevenido el fracaso de la libertad política con la reacción clerical consiguiente.

La historia del subsiguiente período no nos es dable ni necesitamos describirla. La Obra evangélica se ha consolidado constituyéndose nuevas Iglesias que van aprendiendo más sus deberes. Pero, por un lado, la persecución solapada del fanatismo católico durante más de medio siglo de una tolerancia intolerante, y por otro, ciertos errores en el trabajo misionero (falta de cohesión entre las diversas fuerzas y, de un modo particular, el tratar a los incipientes grupos de creyentes establecidos en los pueblos, más como parroquias estabilizadas de algún tipo denominacional, que cual avanzadas de una labor evangelística progresiva), han hecho que la Obra no adelantara como en aquellos tiempos en que era obligado usar una táctica diferente.

No obstante, es evidente que la Reforma religiosa ha progresado y se ha hecho fuerte en España como nunca lo había sido. En medio de esperanzas y desengaños, con adelantos y retrocesos (al fin y al cabo ésta es siempre la alternativa de los que luchan y triunfan), lo cierto es que el Cristianismo evangélico ha tomado carta de naturaleza en nuestra patria. La semilla que sembraron con lágrimas, oraciones y peligros los primeros sembradores ha dado un fruto permanente, y podemos hoy lanzar con todo el entusiasmo de nuestros corazones un agradecido:

¡Ebenazer!

Hasta aquí Dios nos ha ayudado, y más tiene para darnos si arde en nuestro corazón

Este número ha sido visado por la censura.

el mismo amor a las almas que impulsaba a la temeridad y el peligro a nuestros gloriosos antepasados espirituales. Estamos dando los primeros pasos por un sendero que ellos bien hubiesen querido recorrer.

¡Cuántas cosas cambia un siglo!

¿Para bien? Ciertamente; también para mal. Pero con Dios y con la Verdad no hay mal invencible.

¿Qué será la Obra evangélica en España en el 2035? ¿Será todavía tiempo de lucha? ¿Cubrirá ya nuestra patria y el mundo entero el conocimiento de Dios como las aguas cubren la mar? No toca a nosotros saberlo; nos basta con ser fieles a nuestra generación.

La Alianza Evangélica Española y el centenario de Jorge Borrow.

Con motivo de cumplirse el día 6 del próximo Enero los cien años de la venida de Jorge Borrow a España para difundir las Sagradas Escrituras, la Alianza Evangélica Española, con la cooperación de la Sociedad Bíblica, ha organizado un solemne acto unido, que tendrá lugar el Domingo, día 5 de Enero, a las cinco en punto de la tarde, en la Iglesia del Redentor (Beneficencia), Madrid. Tomarán parte en este acto diferentes oradores de dentro y de fuera de la capital. En el número próximo publicaremos el programa detallado de este acto.

También en Barcelona, y con el mismo objeto, se proyecta celebrar una reunión unida, en la noche del martes, día 14 de Enero, en la Iglesia de San Pablo, calle de Aragón, 51, tomando parte oradores de Barcelona, de Madrid y de otros puntos. También en el próximo número daremos detalles de este acto.

La Alianza Evangélica Española, como la Sociedad Bíblica, quisieran poder organizar actos semejantes en todos los puntos donde exista Obra evangélica, pues la actuación de Borrow en España tiene conexión íntima con todo lo que anhelamos como evangélicos españoles; pero los recursos económicos tienen un límite, y por eso la Alianza invita a todos los pastores, encargados de capillas y presidentes de sociedades juveniles a organizar actos en que, conmemorando la iniciación de la Obra bíblica, se reaviven el celo evangelístico y el entusiasmo protestante de nuestra colectividad.

ESPAÑA EVANGÉLICA

publicará su número próximo el jueves, día 26 del actual, siendo el último número del año, y conteniendo interesantes trabajos.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12-MADRID